

Las comidas de Jesús

Las comidas de Jesús ocupan un lugar importante en los evangelios. Las que toma cada día con el grupo de sus discípulos y que no se mencionan, salvo cuando, obligado por la gente, «no tenía tiempo para comer». En dos ocasiones (Mc 3, 30; 6, 31) se trae a colación el recuerdo de esas comidas frustradas. El relato, en el evangelio de Juan, de la parada al mediodía en Samaría, cuando Jesús descansa cerca del pozo mientras que sus discípulos se van a la aldea a comprar provisiones, da una idea de lo que eran esas comidas familiares.

Son también numerosas las invitaciones que recibe, y a las que nunca parecía negarse, llegasen de donde llegasen, de fariseos notables o de personas mal consideradas por su conducta o simplemente por su oficio, a quienes se les denominaba desdeñosamente «pecadores y publicanos», que vivían al margen de la Ley y de los buenos principios. Incluso se diría que era su costumbre. En todo caso, es lo que repite la gente: «Éste recibe a pecadores y come con ellos» (Lc 15, 2). Sin embargo, no hace ninguna exclusión, y entra con naturalidad tanto en casa de Simón el fariseo como en casa de Marta y su hermana María.

Si los evangelios mencionan tantas comidas, que sin duda no todas eran suntuosas, es que son para Jesús ocasión para impartir, en diálogo familiar, una lección o una advertencia:

«Cuando organices un festín, no invites a tus amigos (...) Invita a los pobres, a los que no pueden pagarte. Se te pagará cuando resuciten los justos» (Lc 14,12-14).

Y esa manera de enseñar es una de las mejores lecciones magistrales. Pero hay ahí mucho más que un pedagogo y su método: por el contrario, se realiza la directa revelación de Jesús en su sencilla verdad. Pero, aunque no siempre sea deliberado, el efecto de esos relatos consiste la mayoría de las veces en valorar la persona de Jesús al natural, en sus reacciones inmediatas, en su manera de estar presente en medio de la gente. Y manifestar así lo que es y lo que hay dentro de él, lo que aporta y lo que recibe.

1. Cuando el invitado se convierte en donante

Ofrecer una comida es siempre realizar un intercambio. Es, a la vez, dar y recibir, lo que expresa inmediatamente el lenguaje más común. Recibir a un huésped es darle hospitalidad, una de las formas más personales del don. Se organiza una recepción para recibir invitados a quienes se quiere dar tanto como merecen, y, a veces también, tanto como se espera de ellos.

Las comidas a las que invitan a Jesús son exactamente de este tipo. Contienen las costumbres más universales y las raíces más profundas de nuestra humanidad. Quienes invitan a Jesús dicen a la vez lo que le van a dar y lo que esperan de él. El fariseo Simón había invitado a un profeta, pero no esperaba verle acoger a una pecadora y despedirla perdonada. El recaudador Leví, al reunir a sus amigos para agasajar a Jesús, pretendía a la vez manifestar la alegría de su corazón y la grandeza del hombre que le había llamado. Y, si se queja Marta por ver a su hermana detenerse con Jesús y dejarle el peso de servir la comida, es porque no conoce aún todo lo que puede recibir de él y de su amistad.

Alrededor de esas comidas, hombres y mujeres dan lo mejor que tienen y hacen posible así que Jesús se entregue a sí mismo sin coacción. A medida que crece la amistad, los papeles se invierten, y Jesús se convierte cada vez más en el anfitrión que abre sus tesoros a sus invitados. La acogida, apenas cortés, de Simón hace estallar la generosidad de Jesús con la pecadora. Cuando Marta se inquieta, temiendo que la comida preparada no sea digna del maestro, María, desde que aparece en la puer-

ta, está dispuesta a recibir lo que trae, que supera infinitamente todo lo que se le pueda dar. El punto culminante se alcanza cuando Jesús, para darle la salvación al publicano Zaqueo, le pide que lo invite.

Hay incluso un caso excepcional, donde el mismo Jesús toma el papel del anfitrión que recibe en su mesa, el día en que multiplica los panes para la muchedumbre. El milagro, por sus dimensiones extraordinarias, por el lugar que ocupa en él la reunión de una muchedumbre, fácil de impresionar, suscita a veces la sospecha, y se explica cómo la generosidad del muchacho, que espontáneamente ofreció sus escasas provisiones, pudo desencadenar un movimiento «milagroso» para compartir que bastó para dar de comer a toda la gente.

Sin querer tomar, a cualquier precio, como hechos indudables todos los detalles y cifras del relato, es necesario tener en cuenta que semejante interpretación es totalmente opuesta al sentido que los evangelios le dan al acontecimiento. Sin ser insensibles a las cifras, ven sobre todo en esta escena, a la vez familiar y grandiosa, un deliberado recuerdo de los grandes momentos de la historia de Israel, un momento decisivo en la acción de Jesús, y el primer signo del gesto por el que, en la víspera de su muerte, hará donación al mundo de su vida y su muerte. Para comprender realmente la multiplicación de los panes, hay que darle sus dimensiones completas en la obra de Dios y la acción de su Hijo.

Hay que fijarse primero en el desarrollo mismo de la escena. Es algo muy diferente a un reparto de sopa improvisado a desgraciados hambrientos. Es a la vez una reacción del corazón, de la compasión de Jesús, y un gesto previsto y premeditado. Si retiene a la muchedumbre con su palabra y contacto, es porque espera acabar la jornada con una comida solemne. Nada de manjares exquisitos, aunque el pan y el pescado no fuesen nada despreciable. Pero una verdadera recepción, en la que Jesús hace que la gente *se recueste sobre* la hierba verde, como uno se recuesta en el diván para una comida de fiesta. Una atmósfera de paz, suave y serena.

A continuación hay que observar la importancia que tiene el acontecimiento para los evangelistas. Es el único milagro que cuentan los cuatro. Y dos de ellos, Marcos y Mateo, lo cuentan dos veces. Los relatos son tan parecidos que uno está inclinado a pensar que lo repiten en dos marcos diferentes. En todo caso, esa repetición es su manera de subrayar la importancia de este gesto.

En efecto, ocupa en los evangelios un lugar aparte y en un momento decisivo. El momento, en que Jesús junta a las masas y muestra con esta señal espectacular que Dios le da la misión de conducir las, es justamente aquél en que ellas, incapaces de renunciar a sus ambiciones o a sus ilusiones, están soñando con utilizar su poder y transformar el reino de Dios en un poder político o social del mundo, o simplemente en hacer de él una felicidad a la medida humana. Jesús no puede tolerar esa caricatura y se va. Sin buscar retener a sus discípulos a la fuerza, conserva la suficiente influencia sobre ellos como para arrancarles a la excitación de la muchedumbre y hacerles subir a la barca, mientras que él se adentra en la montaña para pedir a Dios la fidelidad de los suyos en la tentación.

Esa crisis necesitaba un desenlace. Solamente Jesús está en condiciones de provocarlo. Como si se hubiesen puesto de acuerdo los cuatro evangelistas para contar la multiplicación de los panes, los cuatro evangelios sitúan, más o menos cerca del milagro, una declaración en la que Pedro, en nombre de los Doce, reconoce a Jesús como el Mesías de Israel enviado por Dios y se le compromete con su fe. Sea en Cesarea de Filipo, tierra pagana, o en la sinagoga de Cafarnaún, en el momento en que algunos de sus discípulos conocidos se separan de Jesús, porque ya no pueden entenderle y seguirle, Pedro y los Doce, al confesar su fe, dan a la acción de Jesús un sentido y un alcance nuevos. Ahora saben por qué le siguen, forman el primer núcleo de creyentes, el primer esbozo de la Iglesia.

Todos los evangelistas se percataron de la importancia de ese momento en la trayectoria seguida por Jesús. Todos notaron la incompreensión que iba creciendo y multiplicándose, diríase, alrededor del gesto de Jesús: los fariseos le piden *una señal que venga del cielo* (Mc 7, 12); los discípulos, cuando sube a la barca

después de haber calmado la tempestad, se han quedado mudos de estupor porque *no habían comprendido nada, pues tenían el corazón endurecido* (6, 52). El mismo Jesús les hace notar el endurecimiento de sus corazones: «*¿Todavía no comprendéis ni entendéis?*» (8, 17). «*Vosotros me buscáis, no por las señales que habéis visto, sino porque os habéis hartado de pan*» (Jn 6, 26). Han debido menospreciar los discípulos un acontecimiento de primera importancia, para merecer reproches tan graves.

Los evangelios subrayan esa importancia al notar los puntos de contacto con la Pascua y los acontecimientos del Éxodo: la relación entre la comida extraordinaria, la salida al desierto y el paso maravilloso por el mar revuelto. Sobre ese tema central, el evangelio de Juan ha construido un gran desarrollo, en el que la cena de Jesús ocupa el primer lugar.

2. La pascua y el **mar**. El maná y el desierto

Juan señala, en primer lugar, que *era poco antes de la Pascua, que es la fiesta de los judíos* (6, 4), y los reúne en torno a los grandes recuerdos del Éxodo; después Jesús hace que la gente *se recueste* como los convidados en una comida de fiesta, *toma los panes, da gracias a Dios y los distribuye*, como el padre de familia con los suyos. Desempeña el papel de jefe de la comunidad reunida a su alrededor, dando así una nueva figura a la cena pascual que la tradición y la Ley mandaban celebrar en familia y en pequeños grupos.

La cena pascual no era sino un punto de partida, el primer momento del Éxodo, al que iban a seguir el paso del mar Rojo a pie enjuto, y, después, los cuarenta años por el desierto con el don diario del maná. El relato de Juan da toda su importancia a estos dos momentos. También contiene una travesía a la vez peligrosa y maravillosa: los discípulos espantados de ver a Jesús acercándose en medio de la tempestad y encontrándose en una situación sin saber cómo. Y todo el debate que va a seguir en la sinagoga va a consistir en la diferencia entre el maná dado por Moisés y el pan que promete Jesús, pan del cielo, pan de vida. Y

como Moisés tuvo que aguantar las *murmuraciones* de Israel que añoraba Egipto, Jesús se enfrenta a las *murmuraciones* de los discípulos decepcionados (Ex 15, 24; 16, 2-9; Jn 6, 61).

Parece que estas aproximaciones se imponen, pero a veces no se ve más que una serie armoniosa de signos expresivos. De hecho, dan sentido a la acción de Jesús, al mostrar que culmina la del Dios de la Pascua y del Éxodo, en una escala infinitamente modesta, pero con las mismas exigencias, las de la fe. Al liberar de la opresión egipcia a los hijos de Israel, Dios les había exigido creer que su liberación no era una feliz casualidad o un logro humano, sino el fruto de su poder y su misericordia.

Era también lo que ahora les pedía Jesús a sus discípulos: les había alimentado en la montaña, les había hecho cruzar el mar, no podía hacerles entrar desde ahora en el reino: solamente les prometía que les llevaría allí y que nunca les faltaría el pan. De ahí su insistencia en repetirles: «*Yo soy el pan de vida, el que venga a mí jamás tendrá hambre, quien crea en mí nunca tendrá sed*» (Jn 6, 35). Antes de que las repitan generaciones de creyentes, esas palabras hablan exactamente de la situación en que se encontraba Jesús con los suyos y la experiencia en que les compromete. Como en otro tiempo Israel, interpretan el sentido de su existencia.

Entonces podemos entender por qué las afirmaciones de Jesús acerca del *pan de vida* terminan con anuncios que en ese momento parecen prematuros: «*El pan que yo os doy para la vida del mundo es mi carne*» (6, 51). Si las palabras de la cena, «*Tomad, comed, esto es mi cuerpo*», pueden despertar un rayo de inteligencia en una mesa pascual y cuando el cuerpo de Jesús está amenazado de muerte inminente, desplazadas como lo están en Juan, se hacen incomprensibles. A menos que el propio desplazamiento tenga un sentido.

Ese sentido aparece claro, si se tiene en cuenta el paralelo evidente entre la confesión de Cesarea de los sinópticos y la confesión de Cafarnaún en Juan. En Cesarea, partiendo de la fe proclamada por Pedro, Jesús les revela a los suyos una nueva visión sobre su misión: «*Es necesario que el Hijo del hombre sufra y sea*

entregado en manos de los hombres... Quien quiera seguirme que coja su cruz». En Cafarnaún, en el horizonte del Éxodo y de la travesía por el desierto, después de la maravillosa velada y el vacío del día siguiente, Jesús les pone a los suyos ante la elección que se impone: «*Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre (...) ¿Vosotros también queréis dejarme?*». Hay que caer en la cuenta de la importancia de los posesivos: *mi carne, mi sangre, seguirme, dejarme*. Jesús entrega todo lo que es y pide todo lo que se le puede dar.

Los sinópticos hablan de la muerte de Jesús y de la elección que tienen que hacer sus discípulos; Juan, de la misma muerte y de la misma elección. En los sinópticos, el lenguaje de Jesús es el de todos los días, con el tono al que estaban acostumbrados los discípulos. En Juan, el acontecimiento adquiere la talla de gran historia. El trayecto por donde conduce Jesús a sus discípulos tiene la anchura de Israel y su destino. En el mismo momento en que les compromete, se trata, para él y para ellos, de la última Pascua y de la sangre que la marcará.

Es poco probable que a esa distancia del acontecimiento, Jesús se lo hubiera ya podido presentar como una comida en la que daría a comer su carne y a beber su sangre. Hubiese sido pura fantasía. Pero si Juan le hace hablar así inmediatamente, no es tanto para valorar su capacidad de profetizar. Es para recordarnos que, al tomar nuestra carne, Jesús ya nos la estaba entregando. Cuando, en un momento crítico, aseguraba el alimento para su pueblo, se estaba comprometiendo en una aventura en la que acabaría dándole su cuerpo y su sangre. La multiplicación de los panes era como una primera forma de la última cena, una manera de entregarse a los suyos.